

Sucedió en Menorca

Era el Viernes día 27 de Mayo. Nos encontrábamos en un típico lugar menorquín sobre las ocho treinta de la tarde, en uno de esos Caseríos de las Islas Baleares, que de un tiempo a esta parte se han hecho famosos y populares por sus divertidas, animadas y concurridísimas BARBACOAS.

Durante el trayecto se nos había comunicado que posiblemente aquella noche íbamos a estar solos en la Barbacoa. Cosa realmente extraña, pero... Llegamos al lugar indicado. Más o menos como los que ya conocíamos de las hermanas Islas de Mallorca e Ibiza.

A la entrada el «Pinchito» de rigor y un «Sorbo» de vino que sería el prelude de otros muchos «Sorbos» ahora de «Sangría». Con orden, sosiego y tranquilidad nos acomodamos. A nuestro lado cinco sillas reservadas. ¿Fara quién? Pronto lo sabríamos. Poco tiempo transcurrió para que aparecieran un matrimonio joven con una niña de corta edad, y otra pareja de edad más avanzada.

Como de costumbre los saludos de rigor. ¡Buenas noches!, respondimos. Se empezó a servir la mesa al tiempo que el rasgar de una guitarra y las canciones de un joven ataviado con atuendo típico de la tierra, daban las primeras pinceladas a un bello, cuadro en cuyo fondo quedaría reflejado el recuerdo inolvidable de una noche feliz.

Canciones españolas, rítmicas y alegres. Noventa y dos gargantas lanzaban sus gritos de júbilo, cuyo eco se perdía lentamente en la clara y silenciosa noche menorquina. Y a ese conjunto de voces catalanas se sumaban aquellas otras cinco reseñadas, cuya identidad hasta entonces desconocíamos. La cosa se fue animando. Entre canción y canción surgía el espontáneo de turno, que con arte, gracia y elegancia deleitaba a la concurrencia. De repente unos brazos en alto. Las manos giran en perfecto compás y armonía. Garbo y salero se funden con unos «Flantes» que llevan el sello inconfundible de auténtico aire andaluz. Alguien con urgencia preguntó. ¿De dónde son Vds.? de Sevilla, contestaron esbozando una amplia sonrisa. ¡La tierra de María Santísima! exclamaría otro. «Y der Betis» por más señas apostillarían ellos.

En medio de un ambiente lleno de simpatía, amistad, nobleza y espontaneidad, se nos ocurrió una idea. ¿Por qué no les ofrecíamos una canción cantada por uno de los «Cantaires» de la «Rotllana»?

En efecto, lo pedimos al conjunto que actuaba, y gentilmente accedió a ello. Feliz y satisfecho subió al estrado nuestro «vocalista» con la partitura de esa bonita melodía titulada, «Están clavadas dos cruces», muy bien aprendida. José Morera se hizo cargo del «micro» con empaque, clase y soltura, y tan pronto sus labios pronunciaron, «Sevilla tuvo que ser con su luna plateada» los asistentes irrumpieron en un sonoro